



REVISTA DE FILOSOFÍA

*IV JORNADA IBEROAMERICANA DE
CÁTEDRAS LIBRES, EN HOMENAJE A LA
DRA. GLORIA COMESAÑA SANTALICES*

Número Especial In Memoriam



Universidad del Zulia
Facultad de Humanidades y Educación
Centro de Estudios Filosóficos
"Adolfo García Díaz"
Maracaibo - Venezuela

Nº ESPECIAL
2025

Revista de Filosofía

Vol. 42, N° Especial 2025, pp. 24-36

Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

***La leí y releí... luego la conocí
Gloria, mi amiga eterna****I read it and reread it... then I met her
Gloria, my eternal friend***Marbella Camacaro**

Universidad de Carabobo - Venezuela

bellacarla1802@hotmail.com

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.17274002>**A manera de resumen**

Estas líneas surgieron al evocar aquellos momentos vividos entre Gloria y yo, en los que, más allá de lo académico, sobresalían su sonrisa amable, el intercambio de ideas para redactar la relatoría del evento de mujeres donde la conocí, las vivencias que habíamos tenido cada una en nuestras universidades, en fin, los sueños compartidos sobre una equidad soñada. Estas líneas distan mucho de lo acostumbrado a expresar cuando nos referimos a personas como Gloria, cuyo sello personal fue su excelso academicismo; más bien son líneas para recrear su excelsa humanidad. En nuestra singular amistad, la de Gloria conmigo, la mía con Gloria, los quilates de las coincidencias acompañaron las diferencias. Lo superlativo de nuestra cercanía fue que, siendo diferentes, nuestras miradas coincidían en un mismo horizonte. Con Gloria, aprendí que no hay mayor valor que la ética en la sororidad.

Palabras clave: Gloria Comesaña Santalices, narrativa personal, vivencias compartidas, sororidad

By way of summary

These lines emerged as I recalled those moments between Gloria and me, in which, beyond the academic, her kind smile stood out, the exchange of ideas for writing the report of the women's event where I met her, the experiences we had each had at our universities, in short, the shared dreams of a dreamed-of equality. These lines are far from what we usually express when we refer to people like Gloria, whose personal hallmark was her sublime academicism; they are lines to recreate her sublime humanity. In our unique friendship, Gloria's with me, mine with Gloria, the carats of similarities outweighed the differences; the superlative of our closeness was that, despite being different, our visions coincided on the same horizon. With Gloria, I learned that there is no greater value than ethics in sisterhood.

Keywords: Gloria Comesaña Santalices, personal narrative, shared experiences, sisterhood

Recibido 15-05-2025 – Aceptado 15-09-2025

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
(CC BY-NC-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Introduciéndome...

Deseo compartir un evento colmado por la nostalgia, que sobreviene cuando irremediablemente una persona amada se despide de la vida terrenal, especialmente cuando a una le toma por asalto la noticia.

El 19 de marzo del año pasado, a las 5 am, envié un audio colmado de infinita amistad a mi entrañable amiga de pensamiento y afecto Gloria Comesaña Santalices. Unos meses atrás, ella me había comentado que no me respondería con la rutina de siempre, sino cuando su ánimo espiritual se lo permitiera, por ello, me bastaba con que, tan sólo supiera, que siempre estaba presente en mi corazón.

A media mañana de ese apesadumbrado día, recibí por un chat el reenvío de una nota de condolencias expresando lo que significaba para el movimiento feminista del país, especialmente para el universitario, la partida terrenal de Gloria Comesaña Santalices. No puedo describir lo que sentí, no salía de mi asombro, no podía dejar de llorar, la nostalgia me embargó. Revisé el chat de Gloria y ahí estaba mi audio, solo, triste, huérfano de la escucha de Gloria. Estaba sola en mi casa, me senté con el alma empañada por la añoranza de su acostumbrada respuesta, miraba cada minuto el chat, no sabía para qué ni por qué, quizá era una manera absurda de convencerme de que nunca me respondería... Bueno, así funciona la psiquis o el espíritu.

¡Ah! Pero en una de esas constataciones, vi que tenía un audio en su chat. Con temor infantil lo escuché, era de su hija Ada Rebeca, quien con especial deferencia agradecía el afecto que en la distancia había compartido, durante tantos años, con su madre. En realidad, la agradecida era yo, porque sus palabras apaciguaron la incertidumbre instalada en mi alma.

Lo que restó del día sólo pude dedicarlo a recrear imaginariamente la singularidad de nuestra amistad, las mágicas ocurrencias que me llevaron a conocer a Gloria. Sentí la necesidad de escribir lo pensado y, para ello, decidí tomar del abecedario del afecto las letras para reescribir un relato, el cual ya había sido creado en otro momento de nuestra amistad.

En esta hora del tiempo vivido, deseo compartir esas insondables ocurrencias de la

vida, lo personal, rescatar pedacitos de recuerdos del árido camino cotidiano recorrido en la incansable tarea de indagar acerca del feminismo, y especialmente traer fragmentos del cuento ameno y graciosamente humano de lo acontecido durante la espera que me llevó a un encuentro casual con un libro, cuya autora era Gloria Comesaña Santalices, a quien no conocía, ese libro me llevó hasta ella para entretejer una inimaginable amistad.

Dificultades para materializar logros

Mi amistad con Gloria, en primera instancia, fue curiosamente imaginaria. Corrían los años 90, período que marcó un hito para los movimientos de mujeres en las universidades del país, las cuales, en su mayoría, se mantenían sin escucha, sin habla y sin mirada por no considerar la vida de las mujeres como un hecho social relevante, en consecuencia, <tampoco académico>.

La introducción de los estudios feministas en la vida académica universitaria estuvo motivada por las luchas feministas de décadas anteriores, protagonizadas, en su mayoría, por colectivos y organizaciones no gubernamentales de mujeres. En algunos estados de Venezuela se habían consolidado las casas de mujeres, teatros de calle y otras formas de organizaciones feministas, las cuales despertaron la atención pública, colocando el debate de los derechos de las mujeres en el escenario social.

En las dos últimas décadas del siglo pasado, en algunas universidades, principalmente en las autónomas, se crearon grupos, cátedras, unidades y centros de estudios de las mujeres, únicas estructuras posibles de desarrollar dentro de la camisa de fuerza académica, lo que permitió legitimar nuestro trabajo dentro de dichas instituciones.

Eran muchas las dificultades para materializar logros, pues el debate feminista confrontaba el régimen de producción de conocimiento dominante en la academia universitaria. Nuestras exigencias de darle validez a las investigaciones sobre las condiciones de vida específicas de las mujeres, significaba otra manera de conocer y hacer ciencia. El hecho de que ahora *las mujeres pasáramos a ser las sujetas políticas de conocimiento*, establecía una ruptura, una fractura del piso dominante que sostenía lo que venía siendo la verdad científica, una verdad construida desde una visión netamente masculina.

Este sucinto bosquejo de un particular período del movimiento universitario feminista es sólo un marco para tejer con hilos de afecto este relato de la dialéctica cotidiana, de lo

vivido, de esos detalles que suelen quedar en el silencio, porque no son importantes para la razón, sin embargo, estimo que sí son de mucho valor para la *sin razón*. Gloria, en su infinito afecto por mí, dejaba que le dijera que nuestra amistad paseaba tomada de la mano de la *sin razón*... Y ella se reía...

Hasta que descubrí a Gloria

La avidez por libros, folletos o cualquier tipo de material que tuviera olor a teoría feminista bullía entre nosotras; era imperiosa la necesidad de formarnos teóricamente para el debate. No obstante, la búsqueda de información se convertía en un difícil peregrinaje dado el momento histórico que vivíamos, en el cual la producción académica dominante en nuestra <*alma mater*> distaba de la episteme del feminismo.

De esas peregrinaciones viene a mi memoria con nitidez una particular situación, la cual, aunque nos causaba una intolerable humillación, se convirtió en un hecho que algunas de nosotras terminamos tomándolo como una broma. Me refiero a lo que ocurría cuando andábamos en búsqueda de materiales feministas en las más connotadas librerías de Caracas. Obviamente, esta situación se daba con más aprensión en el interior del país.

Primer acto: <Señor, por favor, ¿tiene libros o cualquier tipo de material sobre estudios de las mujeres?>. En ese entonces no decíamos feminista, porque con el primer acto, venía enseguida el segundo: como lo único que quedaba en el imaginario del vendedor de libros era la palabra *mujeres*, nos enviaban al estante de los libros de cocina, de moda, de decoración, o, en el mejor de los casos, a revisar la revista de farándula *Hola*, las novelas románticas... Imaginémonos lo que hubiera pasado si mencionábamos la temida palabra *feminismo*, a lo mejor nos habrían botado por malas madres, por comernos a los niños, por odiar a los hombres... ¡Así eran las cosas!

¡Ah!, pero en ese peregrinaje tuvimos un día glorioso. ¡Alabada sea la Diosa y su sabiduría! Encontramos la librería *Divulgación*, un espacio pequeño, comparado con las librerías más comerciales. Dicho espacio estaba desbordado de libros, los cuales, a ojo de pájara, parecían acumularse allí, sin ningún orden. Mirando perpleja la inusual colocación de los libros y guardando la distancia con la comparación, recordé un relato que había leído hacía algún tiempo sobre Zenódoto, a quien Tolomeo II de Egipto le encargó organizar los

miles de rollos de papiro guardados en cestos enormes, los cuales contenían toda la gama del saber de la época, constituyendo la mayor biblioteca del mundo antiguo, la de Alejandría. Zenódoto después de muchas noches sin dormir, consiguió la solución: ordenar los textos por el nombre de sus autores, siguiendo un orden alfabético. Pero se trataba de puros autores masculinos, porque el saber, con algunas excepciones, no estaba al alcance de las mujeres. Entonces, me dije: <El amigo Zenódoto no ha pasado por esta librería>, sonriendo conmigo misma.

Esa mañana, cuando fui con una amiga, había varias personas aglomeradas por lo reducido del espacio, mejor dicho, era reducido por la gran cantidad de libros acumulados por doquier. Ellas y ellos portaban vestimentas variopintas. Como no podía desplazarme entre los estantes a curucutear los libros, decidí colocarme a un lado y esperar, mientras miraba el entorno. Apostando conmigo misma, me dispuse a suponer cuáles podrían ser, recurriendo a los estereotipos, las preferencias de lectura y las ocupaciones de aquellas personas. Me decía: <Esa que lleva pañuelos largos sobre los hombros, vestida un poco al descuido, probablemente es feminista; aquella de blazer, con faldas largas y maletín, tal vez sea profesora universitaria en humanidades; esta con traje taller y maletín de cuero, posiblemente abogada; aquel de paltó, con camisa sport, lentes redondos, quizás, sociólogo; ese de pantalones de jeans, con paltó sport y mangas arremangadas hasta los codos, a lo mejor, arquitecto.> Así, jugando a las adivinanzas, pasé el rato de espera en esa librería tan singular -o a mí me parecía singular-, un lugar desbordante de letras.

Todo allí ocurría de manera desacostumbrada. Había una sola persona atendiendo y lo hacía de manera personalizada, con calma extrema, manteniendo una amena conversación con quienes compraban; deduzco que conversaban sobre los libros que tenían en sus manos. En las personas que esperaban ser atendidas, tampoco percibía el mismo apuro que ponen de manifiesto en otro tipo de librerías. Pasado el tiempo, una vez que nos hicimos adictas a *Divulgación*, comprendimos que la mayoría de la gente, incluyéndonos, esperábamos con esa plácida calma no sólo para poder adquirir buenos libros, sino porque sin el conversatorio con Sergio era como adquirir libros a los que les faltaran páginas. Sí, Sergio era su nombre, dueño y único ser que atendía su librería, un hombre delgado, fumador empedernido, con aspecto podría decir huraño, pero en realidad era la antítesis de su apariencia. Se trataba de una persona con un enorme caudal de amabilidad no empalagosa, un intelectual que <No vendía libros, sino saberes>.

Sólo Sergio, con su inigualable memoria podía ubicar, inequívocamente, cada tema, autoras/es, áreas de conocimiento y, amablemente, señalarte el estante o rincón donde estaban guardados tus intereses de lectura. Entre libros, estantes y rincones había unas banqueticas para sentarse a hurgar, todo el tiempo que uno estimara necesario, sin sentir la mirada de apuro ni la interrogante: <Por fin, ¿qué vas a comprar?> Sergio, con su aguda mirada -literalmente aguda, porque recuerdo que tenía uno de sus ojos afectado por algún accidente o enfermedad-, sólo cuando percibía que el cliente había conseguido lo que buscaba, seguía con sus otras tareas. Su extraordinaria intuición, nutrida por la experiencia de lecturas y trato con diferentes docentes universitarias/os, intelectuales, artistas y afines a esa fauna lectora, le permitía ofrecer una atención única en su librería.

¡Al fin nuestro turno! Él se acercó y nos preguntó: < ¿Qué buscan? >. Con cierta aprensión, le dije: < ¿Tendrá material sobre estudios de las mujeres? >; < ¡Sígueme! > Nos llevó a un rincón con libros colocados en un estante y otros apilados sobre una pequeña alfombra; arrastró dos taburetes, y nos dijo: < Siéntense, tal vez aquí haya algo que les interese. >

Enhorabuena, apenas me senté llamó mi atención el título de un libro: *Mujer, poder y violencia*, temáticas obligatorias del feminismo. El nombre de la autora: Gloria Comesaña Santalices. El libro fue editado por la Universidad del Zulia, en el año 1991. Con el libro en mis manos pensé: < ¡Valió la pena la espera! >

Cuando tengo un libro desconocido en mis manos, intencionalmente me detengo en el título y nombre de quien lo escribe. Al contrario de la mayoría, obvio leer el índice y los datos personales y curriculares de la autora o autor. Prefiero abrir al azar el libro y leer un párrafo cualquiera, eso me sirve, entre otras cosas, para reconocer la claridad de su exposición, ver si el discurso orienta sobre lo que el título sugiere, o si traduce el fondo de la temática; si lo encuentro muy grandilocuente lo pongo en sospecha, en fin... Ese juego azaroso con los libros me ha funcionado la mayoría de las veces. Es después que hago ese recorrido, que me remito a leer lo obvio, bien sea para despotricar del libro o para terminar de enamorarme del mismo y de quien lo escribe.

Como el ambiente lo permitía y el título del libro me invitaba a hojearlo y escudriñarlo a mi antojo, lo abrí, repito, al azar e iba leyendo. Varias cuestiones me ataron a él; relataré las que guardo inalterables en mi memoria. Lo primero que llamó mi atención fue que, en

las primeras páginas, la autora exponía el concepto de mujer del Diccionario de la Real Academia Española. Cuando una coincide en cualquier asunto con otra persona, obviamente causa complacencia y confirma, por lo menos, que no andamos tan equivocadas o tan solas o locas. Casualmente, desde hacía un tiempo atrás, había emprendido una búsqueda de dicha definición en los diccionarios más usados por la mayoría, tarea que me parece indispensable para rastrear el imaginario colectivo acerca del significado de *ser mujer*.

La autora había buscado el término en el lugar docto, el que dicta la pauta del idioma español; yo, por mi parte, como ya dije, intencionalmente lo busco en los diccionarios de uso común, y esto porque venía trabajando con la ciencia de lo cotidiano. Además, Gloria contrastaba el concepto *mujer* dado por la Real Academia de la Lengua Española con el del Diccionario Ideológico Feminista de Victoria Sau. Después de una excelente disertación sobre las razones patriarcales de las diferencias entre ambos conceptos, dejó claro, sin medias tintas, que en su libro usaría como referencia el de Victoria Sau. En ese momento sentí que nuestras búsquedas caminaban hacia un mismo horizonte.

En otra página, leí unas cuantas líneas sobre su crítica a la postura de Simone de Beauvoir, filósofa ícono innegable del feminismo, quien niega la existencia del matriarcado, sosteniendo que éste era sólo un mito y no un estadio primitivo por el que haya transitado ninguna sociedad humana. Gloria, por el contrario, se mostraba de acuerdo con los argumentos de la antropóloga feminista Evelyn Reed, quien sostiene que el matriarcado existió realmente en los albores de la historia humana, y que el clan materno fue el fundamento de las primeras sociedades. Considero cruciales estos párrafos de *Mujer, poder y violencia*, ya que nos impele a no desatender la discusión sobre matriarcado *versus* patriarcado.

Ahora haré un último comentario, teniendo en cuenta este contexto: me topé con un apartado referido a la violencia médico-hospitalaria, en el que se hacía hincapié en la violencia ginecológica, siendo lo más importante, desde mi punto de vista, el centrar la reflexión en las huellas patriarcales que marcan la ciencia médica y su práctica. Llegado a este punto, Gloria, sin conocerla en persona, la convertí en mi entrañable amiga de pensamiento. Tal vez, a algunas personas les parezca exagerado que manifieste sentir tanto regocijo por simpatizar con una pensadora que acusa la violencia médico-hospitalaria, pero hay que tener en cuenta que en aquel periodo, en el país, éramos muy pocas las

investigadoras que trabajábamos ese tema. El debate en torno a este asunto era un hueso duro de roer, y no podía ser de otra manera, ya que enfrentaba al poder médico.

Estas coincidencias me sugerían que su autora era mi aliada intelectual, concomitantemente espiritual y afectiva, porque me es difícil escindir tales cualidades.

Durante las horas que estuvimos en la librería, sólo revisé ese libro, me cautivó su brillante disertación teórica; por lo contrario, mi amiga tenía en sus manos un lote de libros para comprar. Deseaba llevarme varios ejemplares del libro de Gloria, pero sólo había ese, lo cual no es de extrañar dado que las ediciones universitarias tienen poca circulación en las librerías, pues cuentan con un público cautivo en las propias universidades.

Sergio, complacido, miró lo que escogimos y entonces nos pusimos a conversar sobre el retraso académico con respecto al debate feminista. Nos contó las dificultades para obtener materiales relativos a los estudios de las mujeres. Sobre mi libro, bueno, de Gloria, pero ya mío, comentó que sólo tenía un ejemplar, que se lo había obsequiado una profesora de humanidades. Él lo leyó y como le pareció valioso para alguien que trabajara los estudios de las mujeres, lo colocó allí. Siempre supe que mi Diosa lo colocó allí para mí, que esa alguien que esperaba el libro, era yo.

Ese texto fue mi compañero por mucho tiempo, cita bibliográfica obligatoria de mis producciones, lo recomendaba, prestaba, fotocopiaba, hasta que una vez lo presté y nunca más regresó a mis manos. Mis tesis, viendo mi pesar por la pérdida del libro, mandaron a reproducir una copia con una lujosa encuadernación. Lo agradecí, pero quería el original, ese manoseado, releído y subrayado. Siempre estaba despotricando por la pérdida del libro.

Y llegó nuestro encuentro, pero...

Eran tiempos de muchos encuentros de mujeres promovidos por organizaciones no gubernamentales, y en ellos las universitarias coincidíamos, compartíamos e intercambiábamos experiencias. En uno de esos eventos, fui invitada por las mujeres del Zulia. Sus encuentros solían ser muy animados, muy horizontales, y en éste había mujeres de todo el país.

El primer día del encuentro, luego de la euforia de saludarnos y abrazarnos, se dio comienzo a la jornada. Como siempre, nos sentamos en círculo, se hacía una introducción y luego la consabida presentación de cada una. Cuando le correspondió a la que estaba a mi

izquierda, una mujer muy blanca, con un lindo chal sobre sus hombros, dijo: < Soy Gloria Comesaña, docente/investigadora y cofundadora de la Cátedra Libre de la Mujer de la Universidad del Zulia (...) > Inmediatamente después de ella, me tocó presentarme, y lo hice con mi mente fija en el nombre que acababa de escuchar. Volteé a remirlarla y nos sonreímos. Cuando terminaron las presentaciones, con mucha euforia abracé a Gloria, pero ella se quedó algo sorprendida por mi emotividad. Como dato humano, confieso que reconocí haber tenido que ser más comedida, pero fui tan eufórica porque sentía que era mi amiga de siempre, sin embargo, me controlé y enseguida establecimos una amena conversación. Le expresé el gusto que me produjo trabajar su libro y todo lo que había encontrado escrito por ella.

La despedida se acompañó del compromiso de mantenernos en contacto. Ya sabemos que la cotidianidad consume el tiempo y ese compromiso, la mayoría de las veces, queda en promesas. Son las obligaciones las que nos obligan a proceder así.

Gloria, mi mentora...

Transcurrido unos años, llegó el momento de contactar a Gloria, estaba planeando lo que sería mi proyecto de tesis doctoral. No tuve ninguna duda de que ella sería la mentora idónea para acompañarme en ese camino investigativo.

Gloria era doctora en Filosofía, lo que le daba una sólida formación humanística, vital para apoyarme en fundamentar una tesis de doctorado en ciencias sociales, a la vez que serviría para paliar mi formación científicista. En ese momento, mi formación no podía ser más positivista, reduccionista y biologicista, ya que todo mi devenir académico había sido en el área de las ciencias de la salud, ciencias que están atravesadas, hasta lo más recóndito de su esencia, de una legalidad/legitimidad incuestionable, no admitiendo críticas, puesto que su manera de entender la vida real es bajo el dictamen de una verdad inamovible.

La preparación que llegué a tener en lo humanístico, había sido producto de mi libre albedrío, o, para que suene más armónico, <autodidacta>. En realidad, fue el activismo feminista lo que me había obligado a buscar las raíces históricas, filosóficas, culturales de la opresión civilizatoria de las mujeres en el mundo, especialmente a ahondar en los orígenes patriarcales de la medicina, como impronta que marcan las ciencias de la salud hegemónicas en la actualidad y su praxis en los cuerpos de las mujeres; pero, sin ninguna duda, la solidez de la formación filosófica de Gloria sería una fortaleza para el desarrollo de mi tesis.

Cuando la contacté, lo único que tenía claro es que, a pesar de las barreras patriarcales de la academia, cualquiera que fuera la problemática a desarrollar en la tesis, lo haría desde la teoría feminista, aplicando la metodología de género. Esto suponía de antemano caer en una confrontación, por lo que debía blindar todos los flancos posibles, ya que para las académicas feministas, cumplir con las exigencias de investigación, participación en congresos y publicaciones, no nos era tan fácil como sí lo era para quienes trabajaban bajo los criterios de la ciencia que rige y domina el mundo.

Le envié un correo a Gloria solicitándole su apoyo como mentora de la tesis, a lo que respondió con un *sí*, acompañado de un comentario cortés: que era un honor para ella ser mi tutora. La alegría me embargó. Desde ese momento entrelazamos una amistad irrepetible hasta el día de su partida terrenal.

Nunca más nos volvimos a ver personalmente después de aquel encuentro de mujeres.

Una acotación seria que me hizo Gloria...

El intercambio y apoyo tutorial fue vía correo electrónico. Sin equívocos, concertamos que el andamio epistémico sería la teoría feminista y la metodología de género. Aun cuando estábamos en sintonía, deseo destacar la primera enseñanza que recibí de mi tutora, que fue una luz para transitar con la debida rigurosidad por el camino de la episteme feminista. Gloria me hizo una fehaciente acotación: <<Debes tener claro que esa metodología es un <utensilio>, una herramienta producto de la Teoría feminista, que es la que te debería proporcionar el marco teórico de tu trabajo. Esto te obliga a exponer lo que es la Teoría feminista mediante la presentación de sus principales conceptos o categorías, entre las cuales está el género, y otras que tú consideres básicas para manejar tu tema. >>

Tal vez, leer esa acotación en aquel momento no tenga el mismo sentido que ahora, cuando estoy ubicada en este relato, pero en aquel contexto y tomando en cuenta que la tesis era en el área de las ciencias médicas, significó arrancar con la rigurosidad que exigía el reto académico. Gloria sin mezquindad me dio su mano amiga, su guía intelectual, su respeto por mi trabajo, especialmente su disciplina de trabajo, con el único interés de culminar con impecables resultados la tesis doctoral.

La incorporación de los estudios de las mujeres en el ámbito universitario, dado el contexto histórico, se logró con la invención de múltiples estrategias para colarnos por los

poros institucionales, aquellos que quedan sin blindar por el descuido en el que caen siempre los que tienen el poder. Una de dichas estrategias fue usar el término <género>, porque feminismo sonaba desestabilizador. *Género* fue nuestro caballo de Troya, ya que sirvió para consolidar estructuras académicas que nos permitieron producir conocimiento feminista.

La preocupación de Gloria por el adecuado uso de la categoría género, era coincidente con la manifestada por otras estudiosas del tema en otros países, sorprendiendo que esto no tuviera la misma relevancia para la mayoría de las feministas venezolanas. Gloria siempre alertó sobre la necesidad de centrar la atención en la rigurosidad teórica del feminismo, y con debida razón lo consideraba una tarea ineludible.

Gracias a esa estrategia, el término <género> llegó a ser aceptado por su aparente neutralidad, poniéndose, diríamos, de moda, y las docentes/investigadoras, más de las que nos hubieran gustado, comenzaron a usarlo sin el contexto teórico. Frases como: perspectiva de género, enfoque de género, mujeres y género, mirada desde el género, entre muchas otras, empezaron a transitar en actividades y publicaciones universitarias. Bastaba con trabajar o mencionar a las mujeres, para justificar el uso del término, el cual quedó, lamentablemente, huérfano de teoría, sin esa necesaria disertación sobre las raíces históricas patriarcales que han sustentado la organización social del mundo, colocando a las mujeres en una posición de subordinación y concibiendo el mundo desde la mirada masculina, puesto que pone al varón como parámetro o modelo de lo humano.

Gloria tuvo razón en su postura crítica ante el uso y abuso de la categoría *género*, pues en muchos espacios académicos pasó de ser un Caballo de Troya o salvoconducto del feminismo a un comodín que banalizó el debate feminista, lo cual no impidió que en las universidades se siguiera dando una producción valiosa de saberes desde el feminismo.

Nuestra tesis

La línea de investigación que venía trabajando era en violencia obstétrica. Había invertido varios años recogiendo testimonios de las parturientas atendidas en hospitales públicos, registrando lo vivido por ellas en esa experiencia de atención obstétrica. Pero sentía que debía nutrir la investigación con otras perspectivas, y por ello, para la tesis, me rondaba la idea de escuchar también las voces de las/os obstetras.

Intercambié con Gloria la idea, la discutimos y convenimos el camino

teórico/metodológico a seguir; ambas sabíamos que el nudo investigativo había que desatarlo con extremo cuidado académico. Entendíamos que para ir desbrozando el camino, debíamos fracturar uno de los pilares fundamentales que sostiene la ciencia: <Sólo quienes tienen titulación en el área, están autorizados para hablar sobre su paradigma> Ninguna de las dos éramos obstetras, pero sabíamos que no era un requisito *sine qua non*; que ese postulado de la ciencia dominante era un ardid para evitar la crítica. El poder siempre busca mantenerse <auto fagocitándose sus propias verdades>

Trabajamos dos años y medio, hasta lograr terminar la tesis. Intercambiamos innumerables misivas electrónicas, cargadas de interrogantes, aclaratorias, dudas, y también de afecto, de confidencias familiares, de angustias y consuelos.

Me acompañó en el desarrollo de una tesis que analizaba una difícil temática. Se trataba de una investigación pionera en América latina, que sería expuesta en un entorno en el que resultaría controversial para los monstruos patriarcales del medio universitario. Y, al final, resultó ser la primera tesis con una episteme feminista que recibió mención publicación en el Programa Doctoral de Ciencias Sociales, Mención: Salud y Sociedad, de la Universidad de Carabobo, de Venezuela.

Nuestra tesis fue publicada como libro, con el título *La obstetricia develada. Una mirada desde el género*, con el honor de ser atesorado en la Colección “*La sociedad y sus discursos*” de dicha Universidad.

A manera de despedida

Toparme con el libro *Mujer, poder y violencia*, es decir, leer a Gloria antes de conocerla, fue una premonición de la Diosa, que me llevó hasta ella. Creo que si la hubiera conocido antes de leerla, quizá, no hubiese sido mi mentora, sino sólo mi amiga.

Gracias a ella, los caminos más tortuosos de mi investigación fueron allanados, por la coincidencia del activismo y del trabajo; pero también fueron abonados por su formación humanística y filosófica. Ella me apoyó con empatía humana y brillantez intelectual en aquellas áreas difíciles en las que mi formación humanista y feminista representó un responsable atrevimiento intelectual.

Hoy reescribo este relato con ojos húmedos por la profunda nostalgia que habita mi alma, porque Gloria dejó lo terrenal, llevándose el saludo acostumbrado de las mañanas, su voz cálida, su sensatez, que contrastaba con mi arrebató, y reíamos por ello... Me queda su imperecedero recuerdo y en mi imaginación el abrazo sororo que una vez nos dimos.



REVISTA DE FILOSOFÍA

Nº ESPECIAL 2025

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en OCTUBRE de 2025
por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

**www.luz.edu.ve www.serbi.luz.edu.ve
www.produccioncientificaluz.org**